

bandera roja. Negóse á ello Lamartine y excitó el mayor entusiasmo con la elocuencia de su célebre peroración :

Si os sentís bastante mal inspirados para imponer una república de partido y un pabellón capaz de inspirar terror, el gobierno está tan decidido como yo mismo á morir antes que deshonrarse obedeciéndoos. En cuanto á mí, jamás firmará mi mano semejante decreto. Rechazaré hasta la muerte esta bandera de sangre y vosotros deberíais repudiarla más que yo : porque la bandera roja que nos traéis no ha logrado dar la vuelta sino al campo de Marte, arrastrada en medio de la sangre del pueblo en 1791 y 1793, y la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria y la libertad de la patria.

J. Simon, en el discurso del centenario, le representaba así :

De pie sobre la brecha constantemente, calmaba las cóleras, enternecía los corazones, é inflamaba las imaginaciones. Esta elocuencia era la única fuerza del gobierno provisional y de la civilización. Las calles se veían surcadas por diputaciones desde la mañana hasta la noche; en los primeros días, como se habían arrancado todas las piedras, había que pasar por encima de las barricadas. El pueblo circulaba sin cesar desde por la mañana hasta el anochecer llevando banderas con inscripciones cándidas ó terribles. Ya se trataba de la Paz religiosa, ya de la Libertad de conciencia, ya de la Paz universal, ya de la seguridad en el trabajo, ya de los inválidos civiles, ya de la fraternidad de los pueblos.

Otras inscripciones pedían la abolición de los destajos, la jornada de diez horas, el derecho al trabajo y el impuesto progresivo. Habíanse dado libre curso todas las invenciones de la fantasía. Había diputaciones en que se hallaban en mayoría las mujeres. Los barrios populares bajaban armados de fusiles y picas formando aludes de hombres á quienes no podía oponer nada el gobierno provisional. No había ni un solo regimiento de soldados de línea, ni una compañía de quien se estuviere seguro. Se veían pasar también batallones enteros de la guardia nacional, pero había que distinguirlos por sus gritos. Había los manifestantes de Grenelle y de Montrouge así como los de la Plaza Real y de los bulevares ricos. ¿ Á dónde iban? ¿ Al Ayuntamiento! Allí encontraban á Lamartine.

Fué ocurrente, ingenioso y dió pruebas de buen humor. En cierta ocasión recibió á una diputación de Vesuvianas en el Hotel-de-Ville :

— Ciudadano, dijo una de ellas, las Vesuvianas te envían una diputación para expresarte toda la admiración que les inspiras. Somos aquí cincuenta y, en nombre de todas las demás, tenemos el encargo de besarte.

Seguramente el obsequio no tenía nada de tentador, pues las embaajadoras eran feas, y Lamartine respondió :

— Ciudadanas, gracias por los sentimientos que me manifestáis, pero permitidme que os lo diga; unas patriotas de vuestro temple no son mujeres sino hombres, y entre hombres no es costumbre besarse sino darse la mano.

Y de este modo salió del paso.

Suprimió la pena de muerte y conjuró tal vez una nueva coalición de Europa. Aquella época era tan turbulenta que desencadenaba los peores instintos. Á una manifestación realista, respondieron los *fau-bourgs* con una contramanifestación seguida de otra más grave el 16 de abril. Lamartine la reprimió con la ayuda de Changarnier, pero en estas luchas populares se iba desmoronando su popularidad. Si poseía el temperamento y las aspiraciones de un político, carecía de la amplitud, del vigor y de la energía de un pastor de pueblos.

Tuvo destreza, habilidad y valor; pero la Revolución se impuso á sus fuerzas y deshizo la pompa de su gloria. El pueblo es una bestia monstruosa, que se humilla ante la fuerza y que devora aquel á quien ha dejado de temer y de estimar, cuando siente que su mano vacila.

En febrero y en marzo de 1848 se hallaba en la embriaguez del triunfo :

¡ Qué siglo en cuatro ó cinco días! ¡ Qué noches! ¡ Qué pueblo! ¡ Qué escenas!

La república nueva, pura, santa, inmortal, popular y trascendental, pacífica y grande está fundada... ¡ Francia es sublime de arriba abajo! Yo no soy más que un *Curcio* que quiere cegar ante sus pies el abismo. Abrazo á Macon con estos mismos brazos que han abrazado á doscientos mil hombres del pueblo de París... ¡ Adiós, hijos míos!... Adiós toda la familia y todo el país.

El 11 de septiembre del mismo año, escribía á Lacretelle:

Me hallo en la soledad, los espíritus vuelven hacia mí uno á uno como los pájaros al árbol herido por el rayo. No los deseo ni los llamo; ¡ Dios me guarde de ello! No se pasan dos veces, sin caer en medio del abismo, tres meses como los que van desde febrero al 11 de mayo. ¡ Dios se los dé á otro! Escribo algo para vivir en 1849.

La roca Tarpeya está cerca del Capitolio. Quiso contentar á todo el mundo, que es el papel más peligroso y más ingrato. Se creyó fuerte en el poder porque había sido elegido en diez departamentos por 160.000 votos; parecíale estar llamado á la presidencia de la República. Esta esperanza naufragó en medio de la indiferencia de sus electores, que le gritaron : « ¡ Déjanos ya de cantos! » Llególe su turno al cañón de hacerse oír sobre las barricadas y se eclipsó su gloria. Napoleón fué elegido presidente de la República por cinco millones de votos. Lamartine sólo recogió 8.000. Fué elegido con gran trabajo diputado de la Constituyente, y escribió como periodista en el *Pais*, y en *El Consejero del pueblo*. Uno de los más recientes historiadores de Lamartine, como hombre político, P. Quentin-Bauchart, ha puesto muy en claro el papel y el valor de Lamartine desde este punto de vista. Fué hombre de amplia visión.



Su primera concepción de un partido « social », á la vez conservador y liberal, que curase á la derecha de su hostilidad á las reformas y á la izquierda de su tumultuosa intransigencia, no dejaba de tener grandeza y merecía ser adoptado como regla de una carrera política. De igual manera, después de febrero, su tentativa de dictadura de las conciencias por encima de los partidos reconciliados revelaba un espíritu grandioso hasta la utopía!

Hubiera necesitado al mismo tiempo la decisión y el don de gobernar. Pregúntase uno ¿ qué queda de los veinte años consagrados por él á la vida política? Quedan los resultados de la Revolución de 1848 y el sufragio universal de donde salió el segundo imperio. Son consecuencias que él no había previsto.

Después de 1849, cuando Lamartine, caído de la cima del poder y aplastado en medio de su soledad, pudo soñar en la inconstancia de la gloria, rodeóle su sobrina de los cuidados de su consolador afecto. Las cartas que le escribió antes de ir á vivir á su lado están llenas de solícita ternura. Era Valentina de Cessiat una mujer muy linda é inteligente, que consagró su vida á su tío, de quien fué secretaria. Sus dos letras se parecen de un modo extraordinario. Debe ocupar un puesto entre los secretarios del gran hombre con Eugenio Pelletan y Paul de Saint-Victor.

Nuestro poeta tenía gran necesidad de consuelo. Se hallaba arruinado por su fausto, por el juego, por las especulaciones agrícolas y por la pasión que tenía de adquirir grandes tierras. Era en el alma un verdadero campesino de la comarca de Macon; adoraba la tierra, plantaba viñas, roturaba praderas, y se deleitaba en los trabajos de jardinería. Había permanecido *rústico*, aficionado á la tierra, amigo del suelo natal, de la gleba, de los árboles, de las flores y de los jardines, donde el hombre procura recobrar los paraísos perdidos. Se le ha llamado un campesino con genio. Enseñando un día á un visitante un pequeño pórtico horrible iluminado con colores chillones, formado por dos columnas que pertenecían á todos los órdenes arquitectónicos, le decía: « ¡ Amigo mío, dentro de cincuenta años vendrán aquí en peregrinación; mis versos estarán olvidados pero dirán seguramente: ¡ Hay que confesar que este mozo sabía construir! »

El pintor Mauricio Leloir me refería que conoció en casa de su padre al tapicero de Lamartine y ha retenido este rasgo de vandalismo. En el castillo de Saint-Point, hizo el gran poeta, llevado por su amor al romanticismo, que reuniesen todos los muebles de estilo Luis XV ó Luis XVI, que los subiesen al granero y que los echasen al patio por el tragaluz para romperlos y reducirlos á leña para calentarse y lo reem-

1. Estudiando de cerca el movimiento político en Francia y las últimas y brillantes discusiones sobre reforma del régimen electoral, se ve que en esta materia se hallan los partidos franceses como se hallaban en tiempo de Lamartine.

plazó todo con muebles á la moda. En materia de arte era un bárbaro y, como sucede siempre, tenía muchas pretensiones de pasar por inteligente. Aunque nada poseía, practicaba la caridad de un modo regio y se endeudaba cada vez más. Tenía buen corazón y hay más de un hecho que hace su elogio, como por ejemplo el siguiente: Lamartine y el Sr. Legouvé fueron al hospital San Luis á visitar á un pobre poeta tísico llamado Lebailly. La conversación fué por parte de Lamartine una mezcla de bondad de padre y de poeta: hablaba á Lebailly de sus versos y hasta le citaba algunos. Después, en el momento de retirarse, viendo que el enfermo quería acompañar á sus visitantes hasta la puerta, le dijo: tomad mi brazo y apoyaos en mí; todos los enfermos se descubrían ante aquella gloria que servía de sosten á aquella debilidad. El joven poeta estaba radiante. Al subir de nuevo al carruaje que los había conducido, dijo Lamartine á su amigo:

— Ese pobre joven está muy enfermo, pero aun tiene vida. Aun necesitará largos cuidados. Agregad á lo que pensáis darle estos quinientos francos.

¡ Tres días después supo el Sr. Legouvé que Lamartine se veía perseguido en aquellos momentos por una suma de cuatro mil francos que no podía pagar!

Cayó de demasiado alto y no se pudo levantar. Después del 2 de diciembre, vivió en silencio bajo el imperio, contentándose con indignarse de las palinodias á que asistía.

Arturo de la Guéronnière había sido su segundo redactor en el periódico conservador *el País*. Después del 2 de diciembre, se adhirió al nuevo poder que le recompensó con la embajada de Constantinopla y Lamartine le escribió severamente:

MUY SEÑOR MÍO,

Saint-Point, 6 de diciembre de 1851.

El pasado nos ha puesto en contacto, el presente nos separa, y jamás nos volverá á reunir el porvenir.

LAMARTINE.

Estas deserciones no eran raras; el conde de Pastoret y el marqués de la Rochejacquelin se pasaron del partido realista al imperio. Lamartine estaba indignado y escribió en el álbum que una señora le ofrecía:

SEÑORA,

Permitidme poner aquí un verso grande y hermoso que es de circunstancia y que puedo elogiar con tanta más razón cuanto que no es mío:

Chacun baise en tremblant la main qui nous enchaîne. <sup>1</sup>

1.

Todos besan temblando la oumequ encadena.



Por su parte rechazó las proposiciones de la corte, en la que contaba grandes simpatías.

— Cuando yo era joven, refería la emperatriz Eugenia á la Sra. Emile Ollivier, era tan apasionada de las poesías de Lamartine que, en mis paseos, repetía por todas partes sus versos y su nombre.

Hubo entonces un incidente célebre. Lamartine convidó á Nadaud á comer una noche en que el cancionero se hallaba igualmente invitado por la princesa Matilde. Entre Lamartine y la princesa, Nadaud dió á ésta la preferencia. Viendo que el cancionero no llegaba, hizo quitar su cubierto y dió la señal para ponerse á la mesa, pensando, como Dupin el mayor, en análogas circunstancias : « Le esperaremos comiendo, mientras que, si le esperamos, no comeremos. » Al pasar del salón al comedor, tarareó Lamartine esta parodia improvisada de los *Dos Gendarmes*:

Un jour, le vaincu de Pharsale  
M'offrit un souper d'un écu ;  
Le vin est bleu, la nappe est sale,  
Je n'irai pas chez le vaincu.  
Mais que la cousine d'Auguste  
M'invite en sa noble maison,  
J'accours, j'arrive à l'heure juste.  
Chansonnier, vous avez raison !<sup>1</sup>

Esta piececita se imprimió en el *Parnaso satírico*, con la firma del Sr. Coquenard, nombre que explica al fin del tomo primero la fe de erratas en la forma siguiente : « Hay que advertir á los que lo ignoran que el Sr. Coquenard y el Sr. Lamartine son una misma cosa. Y he aquí como : en marzo de 1848 era tal el cariño del pueblo de París al Sr. de Lamartine que no consintió en llamarle más por su nombre de familia y puso su nombre á la calle Coquenard que lo aceptó. Al ver esto, los bromistas le quitaron el nombre á la calle Coquenard y obligaron al Sr. de Lamartine á adoptarlo por más que hizo para abstenerse de ello. »

Este incidente no es de desdeñar ; á él se debe una muy hermosa carta de Lamartine que se ha publicado recientemente : el poeta se excusa en ella, en términos afables y llenos de emoción, con aquel buen hombre á quien había ofendido :

MI QUERIDO NADAUD,

Jamás hay que bromear, ni aun á puertas cerradas, con la amistad y menos aún con el honor ; por un breve placer, se corre el riesgo de herirse á sí

1.

El vencido de Farsalia

Á una cena me ha invitado...

¡ Mal vino ! ; mantel manchado !...

No acepto su invitación.

Mas si la prima de Augusto

Á su palacio me invita,

Acudo exacto á la cita.

— ¡ Poeta, tienes razón !

mismo ó, lo que es más grave, ofender á un carácter perfectamente puro y perder un amigo, cosa que sentiría toda mi vida. Esto es lo que he experimentado, hace algunos días, al saber que uno de los periódicos que andan escuchando detrás de las puertas y que toman en serio las bromas, porque no ven la cara con que se dicen ni oyen el acento con que se pronuncian, acababa de poner en mis labios, acerca de vuestra persona, algunos versos, improvisados antes de comer y hasta algunas expresiones que no son mías. No de otra suerte un músico de la antigüedad hacía reír y llorar con las mismas notas con sólo cambiar el modo y el tono. He aquí el hecho. Hace cuatro ó cinco años, si mis recuerdos no me engañan, tuvisteis á bien prometerme venir á comer en familia, para complacer á algunos amigos, hombres de ingenio y de gusto encantados de poder encontrarse en mi casa con el autor de *Pandore* y de tantos imperecederos pasatiempos con los que alternan acentos tan patéticos, y en que la música y la poesía procuran á porfía desarrugar los ceños más graves y los semblantes más tristes. Me apresuré á dar parte á dichos amigos de vuestra complacencia y de mi buena suerte. Acudieron exactos á la cita. Vanagloriábame yo de recibirlos en mi casa y del ascendiente que ejercía sobre un talento que no se vende, sino que se da, cuando llegó una cartita vuestra y apabulló mi orgullo, haciéndome saber que una princesa bella, amable é imperial, acababa de invitarnos para el mismo día y que estabais en la imposibilidad de rehusar su invitación en virtud de no se qué ley de etiqueta cuya existencia no sospechaba mi amistad. Ya conocéis el mal humor, justificado ó no, de un huésped desdichado, obligado á decir á sus invitados :

Nous n'aurons, mes amis, ni Nadaud ni Molière !

En el primer momento de mal humor, me divertí, mientras quitaban vuestro cubierto de la mesa, en parodiar, riendo, con la risa del conejo, la encantadora ironía de vuestro inmortal *Pandore*.

Pero me guardé muy bien de escribir una sola línea de esta parodia y hasta de repetir los versos á mis amigos, por miedo de que saliesen al exterior los ecos de la indiscreción y de que fuesen á herir vuestro corazón que tanta amistad me inspira ; quería mostrarme algo picado, pero no contristaros con un molesto recuerdo. Por lo demás, los versos citados, desde el primero hasta el último, no son míos

Je ne vais pas chez le vaincu<sup>2</sup>,

que es un ultraje á vuestro carácter no tendría ningún sentido tratándose de un hombre de corazón que acudía regularmente á mi casa y á quien yo ofrecía con el mayor placer y sin cumplimientos el vino del país en el campo : la derrota hubiera sido más bien una seducción y la desgracia un atractivo, lo mismo para vos que para todos los corazones nobles. No soy yo, á buen seguro, quien os hubiera apostrofado desdeñosamente con el título equivoco de *cancionero*, palabra innoble, lanzada á la faz como una injuria, en lugar de la

1.

No tendremos, amigos, ni á Nadaud, ni á Molière.

2. *No voy á casa del vencido*. En la traducción hecha en la página anterior, hemos puesto : *No acepto su invitación*, verso que no altera el sentido y facilita la rima. Por una razón análoga hemos sustituido : *poeta* en vez de *cancionero*, palabra que no se usa en castellano en el mismo sentido que en francés.

(N. del T.)



palabra *brigadier*, palabra natural é inofensiva que tenía la fortuna de recordaros con acento de risa la más encantadora de vuestras composiciones. Ahora bien, ignoro cómo ha salido á luz de pronto esta broma que ya cuenta cuatro ó cinco años de vida, de un modo tan inoportuno para mí, y cómo ha corrido el mundo desnaturalizada, como quien vuelve á su país ya desconocido de suerte que los mismos parientes y amigos no le reconocen bajo el traje que le desfigura.

Sea como quiera, hice mal, puesto que he tenido la desgracia de ocasionaros el más pequeño disgusto: me golpeo el pecho como arrepentido de una mala acción y hasta de una ingratitud; puesto que vos me queriais y puesto que mi corazón os honra con su cariño. Os suplico que lo echéis todo al olvido y que no castigáis con la pérdida muy grave y muy dolorosa de un amigo, la única broma de mal género que me he permitido en mi vida.

LAMARTINE.

P. S. — Si os hace mella mi arrepentimiento, deseo que podáis darlo á conocer á todos los que os estiman.

Abrumado de deudas y demasiado orgulloso para aceptar un socorro del emperador, organizó una lotería y vendió á Milly.

Su mujer escribía á un amigo esta lamentable carta:

No podeis figuraros el estado en que se halla. Comprendéis muy bien que la pérdida de nuestros bienes, y hasta del pobre Saint-Point, mi primer nido y mi primer asilo, no sería *nada* para mí si *le* viese tranquilo.

Pero verle arruinar su salud, llenarse de angustia y desesperarse bajo el peso de una carga que se impuso en primer lugar por su país y después por los desgraciados y los pobres vergonzantes cuya vida y honor ha salvado desde hace nueve años, es en verdad cosa que me hace sucumbir y me faltan las fuerzas. Repito en verdad: ¡Hágase la voluntad de Dios! pero ¿es acaso su voluntad dejar perecer á un hombre á quien no puede reprocharse ningún vicio como causa de su ruina? Desafío á todo el mundo á que encuentre uno solo. ¡Prodigalidad y generosidad! ¡Sí! pero no para sí mismo, no para su satisfacción personal, no para satisfacer un vicio. Mas, estoy repitiéndos lo que ya sabéis. Contestadme, pero en dos cartas por separado, porque no quiero que mi marido sepa lo que os he escrito. Mi papel sería consolarle si se pierde toda probabilidad de éxito; pero, por desgracia, sería demasiado tarde. Acaso no sabréis que el *Curso* no puede continuar saliendo... por falta de dinero. El Sr. de Lamartine no puede pagar la tirada.

Se burlaron comparándole con Belisario: «Alarga su casco para pedir limosna». Otros le dirigieron burlas crueles.

Alejandro Dumas hijo refiere á este propósito un rasgo picante. Había escrito para una obra de beneficencia una *Historia de la Lotería*, por la que le pagó 1.500 francos, el organizador, Sr. Rion, un hombre-cillo gordo y bajo. Dumas hijo escribía á uno de sus amigos:

Este Rion era un hombre muy galante, muy inteligente y muy generoso. Ha dirigido más tarde el *Bureau Exactitude*, que era la administración centra

de los billetes de loterías organizadas en Francia. De esta suerte entró en relaciones con Lamartine cuando se organizó una lotería en beneficio de este grande hombre á cuya gloria ha agregado la ingratitud de este país lo que completa todas las glorias. Este Rion hacía adelantos á Lamartine sobre lo que debían producir los billetes y, terminada la lotería, resultó que Lamartine le debía 25.000 francos. Por eso, cuando Rion, tan bien recibido en otro tiempo, siempre que iba á llevar dinero, se presentaba, no le recibían con tanta frecuencia, y creyó notar que hubieran preferido no recibirle. Entonces, entró á pesar de la consigna y dijo á Lamartine: «Querido maestro, hay entre nosotros una pequeña dificultad, este recibo de 25.000 francos, que es la causa de que no me recibáis con tanta benevolencia como antes. Suprimámoslo» y diciendo esto, rompió el recibo y le echó á la tumbre. Levantóse Lamartine, abrió un mueble de su habitación, tomó un manuscrito y poniéndolo delante de Rion le dijo: «Querido señor Rion, he aquí el manuscrito de las *Meditaciones*. Había hecho el propósito de no separarme de él jamás. Permitidme que os lo ofrezca.» Rion, que me ha referido esta historia, me decía: «¡No lo daría por 50.000 francos!» Cuando se han pagado 1.500 francos por la *Historia de la Lotería* no tiene nada de extraordinario que se paguen 25.000 por las *Meditaciones*.

La citada lotería fué anunciada con gran ruido, cosa que le echaron en cara: «¡Qué queréis, respondió! hasta Dios mismo tiene necesidad de que le anuncien: para eso tiene sus campanas.»

Luchaba con terrible energía. En dieciséis años escribió sesenta volúmenes en octavo para pagar sus deudas, — los trabajos forzados de la pluma:

*Toussaint Louverture*, drama representado en la Porte-Saint-Martin en 1850;

*Historia de la Restauración, 1851-1863*;

*Historia de Turquía (1864)*, *Historia de Rusia (1855)*, primas del *Constitucional*; *Nuevo Viaje á Oriente, 1853*; *Vida de César, 1865*, sátira de los golpes de Estado; *Fior d'Aliza, 1865*, que después fué ópera.

Había emprendido la publicación de un curso familiar de literatura, á veinte francos por año, en cuadernos mensuales. Se entregaba á todos los trabajos con una buena voluntad desconsoladora. Hizo una historia de la Revolución de 1848, y biografías de Fenelon y de Gutenberg, tomándose apenas tiempo para trazar todavía algunos hermosos versos. Era el fin, la decadencia!

La *Historia de la Restauración* pareció procurarle algunas satisfacciones que no duraron. Con este motivo escribía á su sobrina:

Os doy una buena noticia que no puede ser más fresca. Han aparecido

1. No hay nada más instructivo que el paralelo entre Lamartine y Victor Hugo. El primero cantó y se mostró tan impresor como la cigarra; mientras que el segundo prefirió imitar á la hormiga. Por eso, mientras el primero se mostró siempre generoso y espléndido, el segundo no se señaló nunca por sus actos de generosidad. Sólo prodigó, con su cuenta y su razón, sus prestigiosos versos. Por eso Lamartine murió pobre y casi olvidado, mientras el segundo murió millonario y en la cumbre de la popularidad. (N. del T.)



hace algunas horas los dos primeros volúmenes de la *Historia de la Restauración*. Ocho ó diez periódicos vienen llenos de fragmentos. *El éxito es inmenso, inesperado, universal y excede* al de los *Girondinos*. Me he traído la carta de nuevo para comunicaros esta feliz noticia. Sin embargo, estos dos volúmenes son, con mucho, los más débiles y los más vulgares. Pero parece que tengo el viento de mi parte. Demos gracias á Dios.

Esta historia en seis volúmenes es un compromiso entre otros dos libros contemporáneos más olvidados aún, la historia ultrarrealista de Lubis y la historia republicana de Vaulavelle. Rápidamente documentada, es una improvisación ingeniosa y apasionada, á veces aventurada, cuando se compara la frente de Napoleón con un mapamundi, y cuando Alcibiades es muerto (en lugar de Aníbal) en la corte de Prusias. Es un relato dramático y pintoresco en el que Balzac colaboró con Tácito.

Dos volúmenes refieren la caída del Imperio, y cinco están consagrados á Luis XVIII y á los Cien Días: el regreso de Napoleón después de Waterloo es un pasaje soberbio. Carlos X ocupa el último volumen.

Lamartine no fué nunca historiador. No se quemó jamás las cejas investigando las fuentes y ni siquiera estudió lo que se llaman las obras de segunda mano. Había nacido para contar y para adornar la historia; pero era menester que le diesen la materia enteramente preparada. Lo mismo le sucedía en cuestión de literatura; no trabajaba sino con arreglo á un plan dado.

Una vez en posesión de la trama de los acontecimientos, ó de un resumen de la obra, apoderábase de ella su espíritu, la rumiaba, la transformaba, hacía en ella descubrimientos inesperados, llenaba lagunas, adivinaba secretos, reconstruía las escenas con una realidad conmovedora, daba relieve á los caracteres y producía una obra, que no era una historia puesto que la verdad frisaba constantemente con la novela, ni una novela, puesto que la ficción sólo aparecía apoyada en la historia. Sabía revestirla con la magia de su estilo.

La *Historia de la Revolución de 1848* tiene un carácter demasiado apologético. Lamartine se olvidó de ser en ella narrador y retratista. Pero se encuentran de vez en cuando soberbios golpes de efecto y páginas magistrales.

Hay una conversación, una mañana de abril de 1848, entre Blanqui y Lamartine en mangas de camisa, que es de las más interesantes para conocer el fondo del pensamiento del poeta acerca de la república, tal como la concebía para un pueblo continental largo tiempo sometido al yugo monárquico y en que los problemas del socialismo nacidos de la industria, del lujo y de la miseria, agitaban las capas interiores de la sociedad y hacían á la vez necesarias, garantías para la propiedad y seguridades é instituciones para los proletarios.

Madama de Lamartine murió en 1863. Fué un espíritu recto, pero

mediocre y de excesiva gazmoñería. Quería vestir á Eva en la Biblia. Corrigió de esta suerte el último verso del Lago: « ¡ Todo diga: han pasado! » La sobrina del poeta se convirtió en su Antígona. Le acompañaba al paseo, le leía y escribía: « ¡ Es tan bueno! Es imposible vivir á su lado sin adorarle. »

La escasez se hacía cada vez más grande. Siguiendo el informe del Sr. Emilio Ollivier, el Cuerpo Legislativo le votó, en 1867, como recompensa nacional, una renta de 500.000 francos<sup>1</sup>, para reparar veinte años de injusticia y de olvido. Murió el 21 de marzo de 1869 en su chalet de Passy que le había ofrecido la ciudad de París, cuando se vió obligado á abandonar su cuarto de la calle de la Ville-l'Evêque.

Sus restos descansan en Saint-Point, en el cantón de Tramayes en Saône-et-Loire, — coqueta aldea, cuya pequeña iglesia tiene un campanario cuadrado y un techo de estilo árabe, hallándose rodeada de un verdegueante cementerio.

Aun se visita el castillo descrito por Lamartine, edificio bajito, flanqueado de torres y de un antecuerpo de forma cuadrada que precede á una galería de arcos. Adorna la biblioteca el busto del poeta por d'Orsay; el *hall*, donde se ve una hermosa chimenea con las armas de los Sres. de Saint-Point, ha sido dispuesto en forma de museo. Lamartine está enterrado en el parque, no lejos de su esposa y de su hija. El monumento, rodeado de una verja, es una capilla ojival en cuyo frontón se leen las palabras: *Speravit anima mea*.

Cierto destino extraño ha hecho que Lamartine recorriese la mayor parte de los senderos abiertos por Chateaubriand. Ambos fueron poetas y ambos bajaron á la arena de los intereses y de los hechos. El uno tuvo su guerra, y el otro su revolución. Ambos viajaron por Oriente, para traer de allá dos obras llenas de belleza, *los Mártires* y *la Caída de un ángel*.

En el teatro los cinco actos de *Toussaint Louverture* sólo llevan al *Moisés* la ventaja de haber sido representados. Ambos escritores hallaron el camino de millares de corazones gracias á la expresión vibrante y decuplicada de los sentimientos más generosos. Pero Chateaubriand nos parece más grande por la energía, la resistencia y la fidelidad á su fe primera. Se retiró altivamente de la vida pública, mientras que Lamartine fué retirado. El uno tiene la majestuosa solidez de Miguel Ángel, y el otro la gracia de Rafael. Uno fué criado en el seno de las privaciones, y el otro mimado desde la infancia. Ambos tuvieron dificultades pecuniarias, pero las de Lamartine fueron menos discretas. En política, no sólo se volvieron las espaldas, sino que el uno mostró

1. Aunque en las postrimerías de su larga existencia, su patria trató de dulcificar los últimos días de Lamartine. Entre nosotros el desdichado Zorrilla murió en la miseria y lo mismo el gran novelista Fernández y González. (N. del T.)